

APOLOGÍA PRO HISPANIA SUA:
LA VOLUNTAD RECONSTRUCTORA DE AMÉRICO CASTRO

*De quoi l'histoire s'est-elle faite,
sinon de moi? De quoi l'histoire se
referait-elle, sinon de moi?*

Jules Michelet

«Un examen de conciencia era inevitable, urgente, y a él consagré estos años ya próximos al ocaso» —escribía Américo Castro en abril de 1946 al concluir *España en su historia* (prólogo, pág. 13; *ESH*, en adelante). Se refería, por supuesto, a los años siguientes a la conclusión de la guerra civil española. Recordemos que en abril de 1939 Américo Castro se encontraba en los Estados Unidos, en la Universidad de Wisconsin (Madison), y sabía que no podría regresar a España quizás por muchos años, aunque no había sido propiamente un beligerante en la contienda fratricida: y se incorporó visiblemente a la llamada «España peregrina» al asistir a la reunión de profesores universitarios españoles celebrada en La Habana en 1940. Mas, sobre todo, como tantos exiliados españoles, Américo Castro se hacía una constante pregunta: «¿Por qué hemos fracasado los republicanos españoles?». Muy contados fueron, sin embargo, los exiliados que dieron a la interrogación aludida el tiempo y la energía intelectual exigidos por la magnitud de la tragedia española. Y no sólo porque las nuevas circunstancias de su vida les dejaban escasas horas (o el sosiego necesario) para dicho género de introspección colectiva. La generalidad de los exiliados se formulaba preguntas de

Revista de Occidente. ISSN 0034-8635, No. 50, junio 1985, págs. 53-64.

carácter político, no desprovistas, incluso, de orientación concreta hacia el posible futuro de su patria. Américo Castro tenía, en cambio, tiempo abundante y ricas bibliotecas de libros hispánicos, esas islas maravillosas, casi desiertas, de las grandes colecciones españolas de las principales universidades norteamericanas. Carecía, además, don Américo de toda motivación política y se hallaba también, geográficamente, lejos de los países de lengua española donde se había asentado la «España peregrina». Sin olvidar tampoco que, en cuanto a «tierra» cultural, se encontraba Américo Castro *in partibus infidelium*.

De ahí que hubiera en Américo Castro, desde 1939, la resuelta voluntad de salvar simultáneamente el legado histórico de España y la propia personalidad intelectual. Así escribía en el prólogo ya citado de 1946 (*ESH*, 9):

Los pueblos, como los individuos, se encuentran a veces en situación angustiosa y al borde del aniquilamiento. En tan apretada coyuntura hay quienes se dejan morir, o se dejan estar, y lo que sigue es vida inerte y sin afán, sin puesto en el mundo de los altos valores...

El examen de conciencia era así una introspección colectiva que podríamos llamar «dinámica», y que aspiraba a resultar en obras, o más precisamente en *una* obra muy personal, *España en su historia*. El punto de partida era análogo al de la «confesión» (o la autobiografía) generada por un profundo sentimiento de culpabilidad, no exenta de desesperación. Recordemos que desde hacía tres décadas, desde 1909, había sido Américo Castro un propulsor (a veces marcadamente agresivo) de la llamada «europeización» de España. Y su actuación, educativa y periodística, durante los primeros años de la Segunda República le había situado a la cabeza de los profesores universitarios más militantes en la defensa del nuevo régimen. Mas el examen de conciencia de Américo

Castro no equivalía a una súbita conversión, pese a las mismas afirmaciones suyas que querían darle ese carácter. Es más, propongo que un fecundo examen de conciencia como el suyo no se improvisa. Reitero, en suma, lo afirmado en mi libro *La voluntad de estilo* (1957; ahora: *Teoría e historia del ensayismo hispánico*, Alianza Universidad, 1984): «En todos sus escritos antes de 1936 se manifestaba en el estilo de Américo Castro la presencia de una tensión impulsiva, disparada hacia la entraña histórica de España».

Un texto de 1933, el ensayo sobre Jovellanos publicado en *El Sol* el 21 de junio de 1933, es particularmente revelador de lo apuntado. La fecha corresponde a una fase precisa de la Segunda República: el gobierno presidido entonces por Manuel Azaña —con quien Américo Castro se siente muy en afinidad política: «Américo Castro me reitera su adhesión y su entusiasmo» (Azaña, *Diario*, 31 de mayo de 1932)— ha conseguido que el Parlamento apruebe la Ley de Congregaciones. Recordemos que Américo Castro se encontraba en Berlín cuando se proclamó la Segunda República. Era entonces profesor visitante del Seminario de Lenguas Románicas de la Universidad de Berlín (curso académico 1930-1931). Hecho que, en sí mismo, marcaba el triunfo personal de Américo Castro y el de su generación española europeizadora: un catedrático de Madrid podía ya ser profesor, en Berlín, en una disciplina tradicionalmente dominada por los investigadores alemanes. El paso de Américo Castro del «Seminario Románico» a la embajada de España como primer representante diplomático de la Segunda República realzó además la imagen del nuevo régimen español como «república de profesores». Américo Castro permaneció en Berlín hasta finales de 1931, cuando renunció a la embajada y regresó a Madrid. Participó activamente desde 1932 en la reforma universitaria y defendió en sus artículos de periódico la política del gobierno

republicano, particularmente en relación con la instrucción pública, y las limitaciones legales de la enseñanza eclesiástica. Ya en un artículo de 1930 en *El Sol* —«Para *El Debate*: sobre la Liga Laica», aparecido el 31 de marzo—, había escrito Américo Castro: «La religión y el espíritu cristiano no coinciden precisamente con la frailocracia española» (en *De la España que aún no conocía*, 3 vols. Finisterre, México, 1972, Américo Castro sustituyó «frailocracia» por «teocracia», II, pág. 62).

El artículo mencionado sobre Jovellanos fue motivado por la publicación de la antología preparada por Luis A. Santullano (Aguilar, 1933), pedagogo muy cercano a la Institución Libre de Enseñanza. Pero Américo Castro no escribe una reseña, sino un ensayo muy revelador de su actitud ante la historia de España. Porque, según él, el tema central de Jovellanos es el problema que «le ofrecía *la realidad histórica de su pueblo* [cursiva nuestra], asuntos de voluntad y de conducta, tareas de ingeniería política y moral» (*Espanoles al margen*, Ediciones Júcar, 1973, pág. 75). Mas Jovellanos, «y sus iguales en inquietud patriótica», representaban algo esencialmente español:

Lo utópico y a la vez trágico del afán de aquellos hombres consistía en querer prescindir de lo que España realmente era, para en aquel vacío fraguar otro país, con otros supuestos, con distinta sensibilidad. Querer ser lo que no se es, como no se es (*Ibíd.*, 76-77).

Este esfuerzo —que Américo Castro calificaba de «pugna de las minorías contra la masa» (*Ibíd.*, 77)— se observaba en España desde el siglo XVI, y tenía representantes en el momento que escribía, «esforzados agonistas» (*Ibíd.*, 77), entre los cuales cabe suponer que se encontraba él mismo. Y así resumía su visión de la historia española Américo Castro, en unas líneas de patente importancia para su biografía intelectual (*Ibíd.*, 77):

Mi idea es que esta hispanidad discrepante representa un elemento esencial de la historia. [Porque] la historia de España es la de un ser que en su flanco abierto portara el dardo de un perenne descontento.

Más adelante reiteraba que Jovellanos y el equipo reformador de Carlos III marcaron (con la expulsión de los jesuitas) «la cúspide en ese intento de *desvivir la propia historia*» (*Ibíd.*, 77, cursiva nuestra). Concluía Américo Castro su interpretación de Jovellanos: «Una manifestación suprema de lo que pudiera denominarse el jovellanismo esencial de nuestra historia».

Pocas figuras históricas de la España moderna han sido reclamadas, como paradigmas colectivos, por tan diversos individuos y grupos políticos como el prócer asturiano. Ha prevalecido, sin embargo, en las variadas utilizaciones de su nombre, la imagen de un sereno y prudente reformador. El Jovellanos de Américo Castro —«perenne descontento», vivo símbolo de la «hispanidad discrepante»— es una singular excepción dentro del «jovellanismo» hispánico y refleja muy obviamente a su «retratista». Mas, para nuestro propósito, conviene resaltar, sobre todo en el texto citado, su relación estilística (y anímica) con *España en su historia*, particularmente con el subtítulo de la conclusión del capítulo I, «Vivir desviviéndose», «rasgo esencial de la historia hispana» según Américo Castro.

En ese mismo capítulo citaba Américo Castro palabras de Unamuno —cuyo origen no identifica, pero que proceden del ensayo «Hispanidad» publicado en *Síntesis*, Buenos Aires, 1927—, a quien llamaba «gran intuidor de las esencias hispanas» (*ESH*, pág. 38). A 1927 corresponde también un ensayo de Américo Castro, «Desde Inglaterra», publicado el 10 de junio en *La Nación* de Buenos Aires, en el cual habla de Unamuno. Quizás no sea del todo ocioso recordar que desde el

comienzo de su confinamiento Fuerteventura —y mucho más durante su exilio en Francia (1924-1930)— Unamuno era la voz española más escuchada (y quizás también la más respetada) en los países americanos de lengua española. Américo Castro no limitó, sin embargo, su elogio de Unamuno a su conducta política. Unamuno era para él, sobre todo, el espejo del modo de ser hispánico, y así lo definía muy «unamunianamente» Américo Castro:

El no hallar el modo de armonizar el íntimo anhelo con la convivencia social nos hace vivir en guerra y en debate perenne; somos guardias fronterizos de nuestra personalidad, cuyos senos dan su mejor producto en la lucha y en la agonía. Miguel de Unamuno ha tratado de definir la esencia de España; y él refleja, en efecto, con su vida de místico combate, la más preclara esencia de lo hispánico.

El ensayo de 1933 sobre Jovellanos concluía con una nota triste —«entre nosotros suelen esfumarse muchos esfuerzos *sicut umbra* disparados un día hacia la meta de lo eficaz y duradero» (*Ibíd.*, 83)— que se acentúa en el artículo citado de 1927:

No habrá paz para nosotros y justamente están condenados a no gozar de ella los hombres de mejor voluntad. Cada raza, su sino.

Había, pues, en Américo Castro, en 1927, una manifiesta admiración por Unamuno que será reiterada una década más tarde en *España en su historia*: «[Unamuno es] el primero que ha reducido a doctrina y mensaje, a evangelio hispánico para ser oído por las gentes, la razón de la sinrazón hispánica» (*ESH*, pág. 640).

Ese «evangelio hispánico» lo condensó Unamuno en el ensayo aludido de 1927, que no ha sido aún recogido en las varias ediciones de

sus obras completas, pero que Américo Castro leyó en una *Antología de ensayos españoles* (Antonio Alonso ed., Heath, Boston, 1936) muy utilizada en los cursos universitarios norteamericanos en la década 1936-1946. El ensayo de Unamuno —motivado por la lectura del gran libro de Waldo Frank *Virgin Spain: Scenes from the Spiritual Drama of a Great People* (Londres, 1926)—, fechado el 18 de agosto de 1927 en Hendaya, debió ser leído por don Américo, al preparar alguno de sus cursos de la Universidad de Princeton, en los años de redacción de *España en su historia* (1940-1946; allí mismo utilicé dicha antología en el curso 1946-1947). El párrafo siguiente de Unamuno muestra patentemente su influjo en Américo Castro:

Y quiero decir con hispanidad una categoría histórica, por tanto espiritual, que ha hecho en unidad, el alma de un territorio con sus contrastes y contradicciones interiores. Porque no hay unidad viva si no encierra contraposiciones íntimas, luchas intestinas... Y cuando un territorio como es el de Hispania está fraguado de íntimas contraposiciones, obra de Dios, sus hijos son hijos de contraposiciones... Y ¿hay un lazo que une estas contraposiciones y contradicciones íntimas hispánicas? ¿Hay un alma —un alma de contradicción— que hace la unidad, la hispanidad?

El eminente hispanista italiano Franco Meregalli ha calificado *España en su historia* de libro «unamuniano, paradójico y juvenil» (en el volumen colectivo *Américo Castro and the meaning of Spanish Civilization*, eds. J. Rubia Barcia y Selma Margaretten, University of California Press, Berkeley, 1976, pág. 287), y sin duda puede afirmarse que en la formación del pensamiento histórico de Américo Castro el componente «Unamuno» desempeña un papel central. Relación que no podía preverse al aparecer en 1909 un texto del joven profesor Américo Castro por vez

primera en la prensa madrileña. No es necesario relatar ahora los incidentes que llevaron a Ortega a publicar en *El Imparcial* (27 de septiembre de 1909) su casi legendario ensayo «Unamuno y Europa, fábula». Y es verosímil suponer que Ortega apeló a la ayuda de Américo Castro («un español joven e inteligentísimo») para comentar el texto de Unamuno —una carta a Azorín—, que consideraba extremadamente dañino para los jóvenes investigadores españoles.

El ensayo «Unamuno y Europa, fábula» es, así, un texto de Américo Castro con algunas observaciones de Ortega. El comienzo de la carta de Américo Castro es tajantemente agresivo: Unamuno es culpable del «nefando pecado de la felonía intelectual». Enumera luego a los autores (casi todos alemanes) en cuyas obras Unamuno aprendió «lo que sepa de filología castellana», concluyendo —tras elogiar los trabajos de los hispanistas de otros países («inmenso trabajo, labor de treinta años»)— con una pregunta sarcástica: «Ahora bien, si el señor Unamuno sabe todo esto en su calidad de profesor de filología ¿por qué escribe la carta del *ABC*?».

Recordemos que Américo Castro —recién licenciado de la Universidad de Granada— había permanecido tres cursos en la Sorbona (1905-1908) y que al volver a España se había instalado en Madrid, empezando entonces su larga colaboración con don Ramón Menéndez Pidal. Fue también entonces, en 1908, cuando se inició su relación con la Institución Libre de Enseñanza, que tan fundamental sería en su vida y obra. Y no sería arbitrario afirmar que en la España del otoño de 1909 (los meses del «asunto Ferrer») Unamuno no era para muchos «europeizantes», jóvenes y mayores, un paradigma intelectual equiparable a Cajal o a Menéndez Pidal. Años más tarde, al principio de la Segunda República, coincidiría Américo Castro con don Miguel en el Consejo de Instrucción Pública, y aquellos encuentros motivaron, sin

duda, la caracterización siguiente del rector de Salamanca en un diccionario de literatura europea (A. Castro, «Unamuno», *Columbia Dictionary of Modern European Literature*, New York, 1947):

Unamuno acogió con entusiasmo la proclamación de la Segunda República en 1931 y fue elegido diputado a las Cortes Constituyentes. Pronto, sin embargo, expresó su desacuerdo con el nuevo régimen que juzgaba demasiado radical y dogmático en cuestiones sociales y religiosas. Y ahí está, hay que admitirlo, la falla muy real de Unamuno. Porque nunca expresó una sola idea constructiva y se limitó a ejercer, con la pluma y la palabra, el fácil papel de iconoclasta. Maravilloso artista literario, Unamuno, en cuanto político, fue anárquico y extremadamente arbitrario.

Añadía Américo Castro: «[Unamuno] con su crítica áspera y negativa contribuyó extensamente a la confusión de su país». Estas palabras fueron escritas por Américo Castro cuando redactaba los últimos textos de *España en su historia*, donde figuran los elogios de Unamuno ya citados, puedo asegurar, también, que eran expresión de un sentimiento sincero de Américo Castro: una de las primeras clases suyas a que asistí, en el seminario de literatura española, a poco de llegar yo (enero, 1946) a la Universidad de Princeton, fue dedicada a Unamuno. Recuerdo muy vívidamente mi tristeza (e indignación) aquella noche, al salir del seminario, pues no acertaba a comprender cómo don Américo podía ofrecer a los estudiantes norteamericanos una imagen tan parcial de Unamuno. Casi me parecía ver confirmadas las cautelas y advertencias de los profesores españoles (don Luis Santullano, don Rubén Landa) que en México, en las vísperas de mi viaje a Princeton, me habían aconsejado ser muy prudente, dado el temperamento agresivo e imperativo de don Américo. Su acogida no pudo ser más cordial y

generosa, desmintiendo en seguida la aludida imagen. Pero aquella noche sí sentí que había en Américo Castro un sentimiento profundo de hostilidad a la figura de Unamuno. No había leído, claro, las referencias ya citadas de *España en su historia*, todavía en prensa en Buenos Aires. Es manifiesto en ellas que Américo Castro se había «unamunizado» desde hacía bastantes años (al menos desde 1927) al querer explicar la historia de España y su cultura. Sobre todo en su exaltación de la absoluta singularidad histórica de España. Un gran botánico español del siglo XVIII, Antonio José Cavanilles (1745-1804), habló de como él —en contraste, probablemente, con los jesuitas expulsos— no tenía suficiente tiempo «para trabajar apologías», en respuesta a todo lo que se imprimía en su tiempo, negando (o desdeñando) la contribución hispánica a la civilización europea. Américo Castro sí tuvo tiempo —y, sobre todo, dedicación apasionada— para «trabajar apologías» de España y su cultura, desde 1939 hasta los últimos días (1972). Sorprende, así, que hayan podido acusarle algunos eruditos de menoscabar el legado histórico de España. ¡Cabría, más bien, tildar a don Américo de encendido apologista de su cultura nacional! Para sus alumnos de Princeton —especialmente los del *college*— no había duda alguna: don Américo era el exponente apasionado casi extremoso, de la esencial singularidad de la cultura hispánica y de los que él consideraba sus valores universales. No actuaba, sin embargo, don Américo como los incontables profesores-cónsules de sus respectivas culturas nacionales que ocultan deliberadamente (hasta a sí mismos) las que estiman fallas históricas de sus países. Bastaba al estudiante asistir a una sola clase de don Américo para sentir de inmediato que allí estaba, *in the flesh*, España misma. El contraste con otros cursos de Princeton era análogo al que don Américo marcaba —en un ensayo de 1935— entre los que él había seguido en la Sorbona y los de Cossío:

Las clases de Cossío no se parecían en nada al curso usual que habíamos oído en el extranjero —su clase era todo menos clásica. La emotividad, el arte de la improvisación, prolongaban la hora académica y en esos momentos surgían los atisbos más finos, el vislumbre de perspectivas...

Mas ciertos alumnos —particularmente entre los aspirantes al doctorado y a la docencia hispanista (recuerdo ahora a un destacado poeta norteamericano actual)— sentían que don Américo parecía vedarles la honda comprensión de lo hispánico al no pertenecer ellos mismos por su nacimiento y lengua al mundo de lengua española. Y, en verdad, Américo Castro acentuaba la «disposición congénita» (digamos así) del historiador como casi indispensable instrumento de conocimiento:

Sin que yo afirme que los extraños no sean capaces de construir la historia de una cultura distinta de la suya, me parece que es difícil que pueda expresarla integralmente quien no haya vivido el drama de su cultura.

Porque, añadía, «entender la historia significa seguir conviviendo con la historia de uno» (*Aspectos del vivir hispánico*, Alianza Editorial, 1970, pág. 95). Es preciso, reiteraba, un «amor integral» a la propia cultura (*Ibid.*, 96).

Ahí está la motivación más hondamente personal de toda la obra de Américo Castro, la de antes y después de 1936. Motivación que se manifiesta muy precisamente en los ensayos de 1935 y 1937 sobre Cossío y Giner de los Ríos. Estos dos grandes educadores españoles fueron, desde luego, los hombres más admirados por don Américo: en el estudio de su casa en Princeton, en la pared sobre su mesa de trabajo, le

acompañaba el retrato de Giner (con una cinta tricolor republicana a manera de orla). El ensayo sobre Cossío («Manuel B. Cossío: él y su ambiente», 1935; *Españoles al margen*, 1973) puede aplicarse hoy en gran medida a la personalidad entera de Américo Castro. La referencia al mismo Cossío es también un autorretrato espiritual: «Este hombre ultramoderno se extasiaba ante la España vieja que él sabía hacer revivir» (*Ibíd.*, 119). Para Giner, como para Cossío, según Américo Castro, «había una España desconocida y maravillosa» (*Ibíd.*, 119). La renovación de España y su cultura «tendría que apoyarse en las raíces hispánicas» (*Ibíd.*, 116). Renovación que equivalía, en suma, a una «invención de España». Sin que esto significara una «extranjerización» de España: «a la postre el ánimo y la mente de España serían otros, sin dejar de haber sido nunca ellos mismos» (*Ibíd.*, pág. 95; «Francisco Giner», *La Nación*, Buenos Aires, 6 de junio de 1937). Se trataba, finalmente, de «rehispanizar a España con limpios fermentos de pura hispanidad». Porque Giner de los Ríos «adoraba como nadie» la peculiaridad humana y cultural de España.

Todos los textos citados —relativos a Giner y a Cossío— muestran que don Américo se apoyó, diariamente, en su ejemplo al realizar su gran empresa reconstructora de la «historia interior» de España. Una empresa, ante todo, individual, ya que Américo Castro aspiraba, en primer lugar, a «rehacer» su propia persona tras la enorme tragedia española. No fue, como ya indicamos, una «conversión», sino una intensificación de actitudes e ideas anteriores. En la cual tuvo un papel predominante la voluntad reconstructora. Un distinguido erudito ha querido aminorar la obra de Américo Castro al hablar de «la España inventada» por mi maestro. Y, efectivamente, como todo gran historiador, Américo Castro inventó —no en el sentido dado al verbo «inventar» por el susodicho erudito— una historia de España que ha quedado como una

de las grandes creaciones intelectuales de la cultura hispánica del siglo xx. La voluntad reestructuradora de Américo Castro —y su ímpetu estilístico— transmitirán siempre al lector de lengua española su energía espiritual. Aunque la obra de Américo Castro tenga páginas rebatibles (y hasta numerosos datos erróneos o mal interpretados), me aventuro a predecir que quedará en la historia como uno de los textos más enteramente representativos de la España de Giner y Cossío, de Cajal y Menéndez Pidal, de Unamuno y Ortega: en suma, Américo Castro llegó a realizar aquel paradigma de «español integral» que otro granadino (Federico García Lorca) definió como su propia y máxima aspiración.